

W.A.M.A

Siempre Hay un LUGAR



DESTINO

CARAVAN
Park

W.A.M.A
Siempre
Hay un
LUGAR

DESTINO



DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2021
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© 2021, Ángeles Sánchez Portero (W. Ama)
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: abril de 2021
ISBN: 978-84-08-24044-0
Depósito legal: B. 3.932-2021
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

1. Escribe un deseo	11
2. Dulces recados	15
3. Ayuda inesperada	23
4. Hacia la colina	31
5. Postre para tres	37
6. Como nubes que navegan	43
7. Una agradable visita	53
8. Irene y Alicia	59
9. Primer día de instituto	71
10. Un problema	81
11. Milena y el Caravan Park	89
12. Las criaturas de Mip	99
13. Como de nieve	109
14. Un nido en el desván	119
15. Hacia el mercadillo	123
16. En apuros	131
17. Hoy por ti	137
18. La magia de dar	145
19. El abrazo de las palabras	151

20.	Sobre el pupitre	155
21.	Después de clase	165
22.	<i>Hic sunt dracones</i>	173
23.	Juntas	185
24.	Un espejismo	191
25.	Una idea para dos	199
26.	Atando cabos	207
27.	Saber la verdad	211
28.	Excursión a Mip	215

CAPÍTULO I

ESCRIBE UN DESEO

Noa abrió su última caja de la mudanza. La había dejado para el final porque contenía todas las cosas que más le importaban. Impaciente, quitó la cinta de embalar y sacó su álbum de fotos y su colección de piedras. Pero no era eso lo que buscaba.

Tras retirar varios libros y un calendario, al fin pudo rescatar, del fondo de la caja, un delicado objeto que ella misma había envuelto con papel de burbujas: el bote de cristal donde guardaba, escritos en pequeños papeles, sus deseos.

El suelo de su nueva habitación estaba cubierto de cajas rotas. Noa atravesó esa alfombra de cartón para llegar hasta su mesa de estudio.

Entre el desorden de cuadernos y libros, buscó un papel y su estuche. Tras comprobar que el bolígrafo funcionaba, haciendo un garabato en la esquina de un cuaderno, se quedó pensando en su verdadero deseo.

Noa se había mudado a cientos de kilómetros de su ciudad, dejando atrás todo lo conocido. Ahora estaba preocupada y sentía que, junto con las cajas de la mudanza, también tenía que ordenar sus miedos y sus dudas. ¿Se adaptaría al nuevo sitio? ¿Sería aceptada? Además, pronto empezaría primero de ESO, en un nuevo centro, donde no conocía a nadie. ¿Sería capaz de hacer amigas?

Agobiada por todas estas dudas, Noa acercó el bolígrafo al papel y escribió: «Quiero encontrar mi lugar aquí». Ese era su deseo. Hacia él dirigiría sus pasos y sus esfuerzos. Solo así podría cumplirse.

Noa apoyó el trozo de papel sobre su escritorio y lo enrolló. Luego, le ató una fina cuerda de cuyos extremos colgaban dos estrellas. El pequeño pergamino, como si fuera un mapa del tesoro, hizo un ruido de monedas al caer al fondo del tarro.

A veces Noa sentía que empezar una nueva vida era un reto demasiado grande para ella.

En esos momentos tenía miedo y pensaba que ojalá su padre no hubiera aceptado el nuevo empleo. Un trabajo que era, según decían, una buena oportunidad. Pero para Noa lo único bueno de ese trabajo era que tenía fecha de caducidad: un año. Luego, regresarían.

Noa cerró el bote de los deseos, lo colocó en la balda más alta de la estantería y miró su cuarto. Aún le parecía un lugar ajeno y algo vacío.

La habitación era muy grande. Tenía unas ventanas enormes por las que entraba mucha luz y un balcón que daba a lo que parecía un bosque.

Noa cogió sus prismáticos y salió al balcón. Le gustó escuchar el canto de los pájaros, que imaginó posados en las ramas de los árboles.

La chica se ajustó los prismáticos y miró hacia el horizonte. Más allá del bosque pudo ver la playa y, aún más a lo lejos, unas formaciones de tierra en medio del mar. Noa pensó que seguramente eran las Islas de Mip, de las que tanto le había hablado su padre.

Cuando ya estaba a punto de volver a entrar a su cuarto, un fuerte destello llamó su atención. Parecía el brillo del sol reflejado en el metal de un coche. Pero, si era eso, debía de ser un coche muy grande.

Noa ajustó la lente de los prismáticos para acercar aún más la imagen y vio que había, entre el bosque y la playa, unas caravanas aparcadas. Parecía casi una pequeña aldea, como si hubiera gente viviendo al margen del pueblo. ¿Qué era aquello? ¿Quién vivía allí?

Si Noa hubiera podido ver más de cerca, habría visto en un cartel unas letras desgastadas que daban la bienvenida al Caravan Park.

CAPÍTULO 2

DULCES RECADOS

Después de recoger los cartones y las cajas que inundaban el suelo de su habitación, Noa bajó al salón.

Ya por la escalera podía oír a su madre hablando sola.

—¡Y otra más! Pero ¿de dónde salís? —Más bien su madre hablaba con la mudanza—. Yo creo que nos han dado cosas de más. Debemos de tener aquí por lo menos ¡dos mudanzas! La nuestra y la de vete tú a saber quién.

—¿Dónde puedo dejar esto? —preguntó Noa señalando las cajas vacías que había bajado de su cuarto.

Amparo movió la mano en el aire, con un gesto impreciso, como diciendo que lo dejara donde fuera y siguió hablando, ahora con su hija.

—Noa, ¿tú recuerdas haber visto antes estos platos? —dijo con cara de disgusto, en un intento de quitarse cosas del medio—. Yo creo que no son nuestros. Deberíamos devolverlos.

—Mamá, ¿no son los platos de la vajilla que te regalaron tus tías?
—Sonrió Noa, que sabía que su madre tenía bastante manía a aquel juego de platos y tazas con pomposas flores doradas.

—Pues no los recordaba tan... —Amparo cogió uno de los platos y lo puso a la altura de sus ojos mirándolo de cerca—, ¡tan espantosos!

En ese momento, Miguel, el padre de Noa, entró en el salón.

—Pues esto ya está. —Traía las manos manchadas de grasa y se las iba limpiando con un trapo—. Ya tenemos las bicis montadas.

—¡Ah, Noa! —Amparo pareció darse cuenta en ese momento de que aún les faltaban algunas cosas en la cocina—, ¿podrías ir a por el pan? Y ya de paso miras a ver si tienen leche.

—¿Yo? —A Noa no le hacía gracia ir por el pueblo haciendo recados.

—Venga, sí, y yo voy cocinando la pasta. Cuando vuelvas, la comida estará casi lista. Tienes la bici en el garaje. —Miguel le dio unas cuantas monedas—. Creo que con esto tendrás de sobra.

Un poco a regañadientes, Noa fue a la cocina y cogió una bolsa para la compra. La dobló y se la guardó en el bolsillo.

—Por cierto, Miguel —a la madre de Noa todo el mundo le venía bien para hacer algún recado—, ¿podrías llevar estas cajas vacías al desván? Al final no vamos a poder dar dos pasos sin tropezarnos con algo —dijo pisando una caja que había junto al piano.

—Claro, eso está hecho —respondió Miguel cogiendo las cajas y dejando la marca de su mano en una de ellas.

—La panadería estaba cerca de la plaza, ¿verdad? —Noa dudó un momento.

—Seguramente aquí todo está cerca de la plaza. —Se oyó que decía Miguel, que ya estaba subiendo la escalera camino del desván.

Noa solo llevaba unos días en Milroe. Había estado muy ocupada colocando las cosas y ayudando en la que iba a ser su nueva vivienda, y apenas había salido. No conocía mucho el pueblo, pero confiaba en encontrar la panadería.

Su casa quedaba a las afueras y estaba sobre una colina, por eso las vistas desde su habitación eran inmejorables.

La chica cogió su bicicleta y comenzó a pedalear. Pronto bajó una pequeña cuesta y llegó hasta una fuente donde varios pájaros se refrescaban del calor del mediodía. El agua salía generosa y, al caer, dejaba una espuma como la de las olas del mar. La playa quedaba un poco más lejos, no mucho, pues el pueblo no era muy grande.

Varias personas que pasaban por delante de la fuente saludaron a Noa levantando la mano, lo que extrañó a la chica, pues no les conocía de nada.

Noa continuó su camino y, después de dejar atrás la fuente, llegó hasta una calle que tenía el suelo empedrado. La bicicleta comenzó

a dar unos cuantos botes, y tuvo que agarrarse bien al manillar para evitar caerse.

Esa calle conducía hasta la plaza. Tenía pequeñas casas a los lados con ventanas de madera y delicadas puertas de colores. La chica miró toda la fila de casas buscando un letrero, o algo que le indicara que la panadería estaba cerca.

Enseguida el olor a pan recién hecho le condujo hasta una pequeña tienda. Tenía un toldo amarillo y blanco que protegía del sol las bandejas con pastas y las torres de palmeras que había en el escaparate.

Noa apoyó la bicicleta en una farola y entró.

El ruido de unos cascabeles que colgaban del techo anunció su llegada, y varias personas que ya salían con sus barras de pan bajo el brazo se giraron para mirarla.

—Buenas, buenas —dijeron a la vez mientras movían la cabeza asintiendo.

Noa respondió tímidamente. Empezaba a pensar que, en ese pueblo, era costumbre saludar, incluso aunque no conocieras de nada a la gente.

Cuando el tintineo de los cascabeles paró, pudo oírse una dulce voz desde detrás del mostrador.

Una mujer joven, de cara simpática y una coleta alta que se movía al ritmo de sus pasos, apareció ante Noa. Tenía un poco de harina

en la punta de la nariz y vestía un delantal con volantes a los lados que la hacía parecer uno de los pasteles que vendía y a los que Noa no quitaba ojo.

—¿Qué te pongo? —Miró a la nueva vecina fijamente, casi sin pestañear.

—Pues, quiero... —Noa contó las monedas—, a ver, sí, quiero una barra de pan y una caja de leche, por favor.

La mujer pasó el dedo índice por un fajo de papeles marrones y cogió uno que vino a su dedo como por arte de magia. Tras envolver la barra haciéndola girar muy rápido, como si fueran las aspas de un molino de viento, se la entregó a Noa. Luego se subió en un pequeño taburete y, estirando mucho el brazo, alcanzó una caja de leche.

—Pues serán dos euros —dijo la mujer de la animada coleta y los volantes.

—Bueno, a lo mejor también quiero... —Noa miraba el mostrador y sus monedas, una y otra vez, pero no acababa de decidirse.

La gente seguía llegando a la panadería, y los cascabeles no paraban de sonar.

—¡Señora Remilda!, aquí tengo sus panecillos blandos —dijo la panadera elevando mucho la voz, dirigiéndose a una mujer mayor que acababa de entrar en la tienda y que caminaba apoyada en un bastón.

—¡Pues te los vas a tener que quedar tú! —contestó la tal Remilda un poco contrariada mientras se daba la vuelta—. Ya sabía yo que se me olvidaba algo, ¡el monedero otra vez! —se quejó abriendo y cerrando la boca muy de seguido, como si se estuviera recolocando una dentadura postiza.

—¡No se preocupe! —dijo la panadera sonriendo al tiempo que su coleta se movía a los lados como un péndulo y señalaba a Noa—, en cuanto acabe con la chica se los doy, y ya mañana me los paga.

Pero la señora Remilda, que además de ser un poco cabezota no oía muy bien, ya se había marchado a por el monedero.

Noa sintió que debía decidirse. Le incomodaba pensar que estaba haciendo esperar a todas aquellas personas. Contó de nuevo las monedas y volvió a mirar el mostrador.

—Y tres pastelitos de estos —dijo pegando su dedo al cristal para señalar unos dulces de chocolate y nata que se parecían a los preferidos de su padre.

La mujer de la coleta cogió esta vez una bandeja donde puso, con ayuda de unas pinzas, los tres dulces. Luego los envolvió y le hizo un lazo al paquete.

Las palabras «Panadería Delicias» recorrían el envoltorio en todas las direcciones, protegiendo los tres pasteles que se comerían de postre.

—Llévalos así, sujetando la bandeja por debajo —la mujer puso la mano debajo y le entregó los pasteles a Noa—, que son muy delicados.

La chica se quedó pensando que a su padre seguro que le iba a gustar el detalle de los pasteles, y a su madre también.

Noa se despidió y, cuando ya estaba a punto de salir por la puerta, oyó un cuchicheo procedente de la gente que aún seguía esperando: «Esta chiquilla debe de ser la de la nueva familia, los de la casa de arriba de la colina».

Parecía que la llegada de los nuevos vecinos tenía intrigada a la gente del pueblo y ocupaba parte de las conversaciones.

Una vez abandonó la panadería, Noa fue hasta su bicicleta. En ese momento, alguien se acercó al escaparate y la miró desde detrás del cristal. Solo cuando comprobó que la chica estaba lejos y ya no podía oírlo, comenzó a hablar.

—Ya sabéis a qué vienen, ¿no? —Trató de ocultarse detrás de una torre de palmeras, para después volverse hacia la gente y susurrar—: A lo del petróleo.

—Será una catástrofe —pronosticó un anciano mientras con su mano temblorosa se pasaba un pañuelo de tela por los ojos.

Varias personas asintieron, muy serias.